

JOHN HALLIDAY  
CHARLIE RUGGLES  
NEIL HAMILTON  
SHIRLEY GREY

EDICIONES

IDEALES

50  
CTS



# LA NAVE DEL TERROR

EDICIONES IDEALES

DE

La Novela Semanal Cinematográfica

(Publicación semanal  
de argumentos selectos)

Director: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Pasaje de la Paz, 10 bis Ediciones BISTAGNE BARCELONA

Año I

Número 26

## LA NAVE DEL TERROR

Formidable asunto dramático, interpretado por CHARLIE RUGGLES, JHON HALLIDAY, NEIL HAMILTON, SHIRLEY GREY, JACK LA RUE y VERREE TENSDALES, entre otros notables artistas.

Es un film PARAMOUNT



Distribuido por

PARAMOUNT FILMS, S. A.

Paseo de Gracia, 91  
BARCELONA

Argumento narrado por Ediciones Bistagne

PROHIBIDA LA  
REPRODUCCION

DISTRIBUCIÓN PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de  
Librería, Diarios, Revistas y  
Publicaciones, S. A.

Barcelona: Barbadá, 16  
Madrid: Evaristo San Miguel, 11

IMPRENTA INDUSTRIAL - Aribau, 133 - Teléfono 76507

# La nave del terror

## *Argumento de la película*

### I

¡Luces a babor!

¡Luces a proa!

¡Cuidado!

¡Marcha atrás!

¡Que el telegrafista les envíe un mensaje!

Estas voces se oían en aquel buque que navegaba a través de la niebla.

Esta era tan espesa, que a dos metros de distancia no se veía nada absolutamente.

Y he aquí que en tan difíciles circunstancias habían aparecido ante el barco más luces, más luces misteriosas, faros de otra nave que no hacía caso de los avisos ni de las reglas de navegación.

Lo mismo aparecían a babor que a estribor. Su sirena no contestaba a las llamadas apremiantes de la otra.

¿Qué significaba aquello?

El buque tuvo que detenerse y esperar a que la niebla se disipara.

Entonces vieron un navío que navegaba a la deriva, arrastrado por la corriente.

Su hélice no funcionaba.

Su timón tampoco.

No se veía a nadie sobre la cubierta.

Swanson, el contramaestre, decidió:

—Hemos de ir a ver qué le pasa a ese buque.

Y Larson, el valiente lobo de mar, convino:

—Es lo mejor.

Acompañados de un doctor y de varios marineros, se acercaron en un bote a la nave misteriosa.

Un silencio imponente la envolvía. Nadie a bordo. Soledad espantosa.

—Esperen. Yo les diré lo que pasa arriba.

Era Larson el que se había adelantado.

El bote tuvo que alejarse un poco para que las olas no lo arrojaran contra el casco del buque.

Vieron como Larson recorría la nave dando voces. Nadie le contestaba. Después ni vieron a Larson ni oyeron sus gritos.

—¿Qué le habrá pasado?—preguntó el contramaestre.

Y como le llamaran sin obtener respuesta, decidieron acercarse.

Subieron al buque y empezaron a recorrerlo.

Al mismo tiempo gritaban:

—¡Larson, Larson!

Pero Larson no aparecía por ninguna parte.

Por fin lo hallaron tendido en el suelo con la cabeza ensangrentada.

El doctor se apresuró a reconocerlo.

—Vive—dijo—. Sólo está herido y no creo que sea grave. Le han dado un fuerte golpe en la cabeza.

Swanson exclamó:

—Sin duda hay un asesino a bordo. Hemos de encontrarlo.

Y añadió dirigiéndose a los marineros:

—Dos de vosotros llevaos a Larson. Los demás, a buscar al canalla que ha herido a nuestro compañero.

Reanudaron la busca.

Pero en vez de encontrar al asesino, hallaron a una dama tendida en el suelo.

En su rostro se advertía una sonrisa siniestra y extraña.

—¿Está muerta?—inquirió Swanson.

—Sí. Está helada.

—¿Helada en julio?

—Aunque parezca imposible, helada en julio.

—¡Esto es diabólico! ¡Hay que aclarar el misterio!

Pero cada vez aparecía más complicado el enigma.

A juzgar por la disposición de los camarotes y por los detalles de lujo que se advertían por doquier, aquel barco era un yate de recreo.

Una exclamación de asombro de un marinero.

Acudieron todos y vieron a un hombre ahorcado.

Un hombre joven y elegante.

¿Qué había ocurrido allí?

Esta pregunta se estaba haciendo Swanson, cuando el doctor halló en el suelo un despacho radiotelegráfico concebido en estos términos:

“Maximiliano Kreig

Yate Dulcinea

Descubierta estafa. Sus compañías en quiebra. Orden detenerle en cualquier parte. Imposible escapar.

*Hammond.*”

—¡Aquí está el motivo!—exclamó el doctor.

Swanson leyó el parte.

—En efecto, éste debe de ser el motivo. Pero ¿cómo me explica usted toda esta serie de hallazgos macabros?

No tuvo tiempo de contestar el doctor.

Un marinero gritó:

—¡Fuego en el departamento de máquinas!

Y otro dijo:

—¡Se oyen gritos de socorro!

—¡Abrid!—ordenó Swanson—. ¡Ahí está la clave!

Y, en efecto, allí estaba la clave.

Allí hallaron a quien había de contarle todo.

Allí estaba quien había de referirles una de las historias más siniestras que los anales del crimen han podido registrar.

## II

Cuando Maximiliano Kreig recibió aquel radiograma que su secretario y cómplice le envió, se dió cuenta de que estaba perdido.

Maximiliano Kreig, el dueño del yate, era un alma tortuosa y siniestra. Aquel hombre acertó a enriquecerse por medio de los negocios. De no ser así, habría seguido el camino del crimen.

Inmediatamente se dió a pensar en el modo de escapar.

Cosa difícil. En el yate llevaba a buen número de amigos que podrían dar toda clase de detalles a la policía si él trataba de darse a la fuga.

La solución podía estar en quedarse en alguna isla semidesierta, en una de esas islas a las que no llegan los latidos de la civilización.

Pero ¿cómo? Todos los tripulantes y pasajeros se enterarían y eso equivaldría a ofrecer sus manos para que se las esposaran.

¿Hacerlos desaparecer a todos?

Esta tremenda solución, la única, se presentó de súbito a su pensamiento.

Sus ojos fulguraron animados por una espantosa alegría.

Solución difícil, pero posible.

¿Por qué no ponerla en práctica?

Su respiración era más reposada y natural. Había dado con el modo de conservar su vida y su libertad, burlando la acción inexorable de la justicia.

\* \* \*

Lilí, en su camarote, daba los últimos toques a su tocado, cuando apareció Millicent, su buena amiga.

El esposo de ésta, el señor Hazlitt, iba también en el yate,

lo que no había sido obstáculo para que Millicent, mucho más joven que su marido y poseída de una vehemencia peligrosa, se enamorara de otro pasajero, un joven virtuoso del piano, romántico y exquisito.

Lilí estaba enterada de esta súbita pasión de su amiga, porque Millicent, alma ardorosa, no era, ni mucho menos, un modelo de prudencia.

—Hazle caso a una mujer de experiencia, Lilí—le dijo a modo de saludo—. Cásate con Kreig. Te adora. No podrías encontrar un marido más conveniente.

Y como Lilí, absorta en sus pensamientos, no contestara, Millicent añadió:

—Ese hombre posee una fortuna.

Al pronunciar estas palabras, había cogido un retrato de encima del tocador en que Lilí se arreglaba.

Aquella imagen era Jim Cowles, el joven aviador.

—¿Es esta la causa de tu preocupación?—preguntó Millicent mostrándole el retrato.

—Sí.

—¿Le amas todavía?

—Siempre le he amado.

—Entonces, ¿por qué te embarcaste?

—Precisamente porque le amo.

—¿Quieres darle celos?

—Tal vez.

—Pero ¿crees que él te ama realmente a ti?

—Eso estoy tratando de averiguar.

—Es un juego peligroso.

—No me importa exponerme. Necesito saber si él me ama. Nuestras relaciones se habían enfriado mucho. Llegué a pensar si Jim se habría cansado de mí. Tuvimos unas palabras. Reñimos. Si es verdad que me ama, ahora me lo demostrará.

—¡Ojalá no te lo demuestre!

—¿Por qué?

—Porque así te casarás con Max Kreig. Jim lo tiene todo menos dinero. A Kreig le pasa lo contrario. La elección no es dudosa. Un marido millonario no tiene defectos.

—Pero, ¿y el amor?

—Eso es otra cosa. Al corazón hay que darle lo suyo, pero para eso no hace falta sacrificarse.

—Sé lo que quieres decir. Pero tu juego me parece sumamente

peligroso. ¿Qué pasaría si tu marido se enterara de tus relaciones con el pianista?

—¡Bah! No hay que pensar en eso. Desde luego no llegaría a matarme. Un disgusto conyugal tiene consecuencias para unas semanas, un matrimonio equivocado suele tener consecuencias vitales. Créeme: no te limites a ser amable con Max; no te limites a darle esperanzas: cúmplelas.

—¿Pero qué te va a ti en eso?

Millicent quedó pensativa.

Recordó cierta conversación con Kreig en que éste le habló del pianista demostrándole que estaba enterado de su pasión hacia él.

Millicent conocía a Max y le temía. No era el hombre comprensivo y generoso capaz de guardar un secreto. En cuanto pudiera utilizar aquella revelación en beneficio propio, no vacilaría en poner a su marido al corriente de lo que ocurría.

Por eso Millicent, con el deseo de captarse su simpatía y su gratitud, le prometió:

—Conseguiré que ella te adore.

Sin embargo, no era esta la única causa de que Millicent se mostrara tan interesada en que Lili se casara con Max: era también, y principalmente, que Millicent sentía hacia su amiga un verdadero afecto y deseaba su bien.

Y contestó:

—¿Que qué me va a mí en eso? Nada, querida. Es, sencillamente, que deseo ver asegurado tu porvenir.

### III

Cuando Kreig se dirigía a la cabina del telegrafista se encontró con Hazlitt, el marido de Millicent.

—¿Me permite usted que utilice los servicios del telegrafista? He de remitir unos radiogramas.

—Desde luego—repuso Kreig—. Todo lo que hay en el yate está a la disposición de mis invitados.

—Gracias.

Y mientras Hazlitt se dirigía a la cabina del telegrafista, una sonrisa diabólica se dibujaba en los labios de Kreig.

Ya sabía por dónde debía empezar.

Y cuando Hazlitt regresó a su camarote, fué él, Kreig, el que entró en la cabina telegráfica.

Wilson, el telegrafista, se sobresaltó al verle.

—Perdón, míster Kreig, pero no le he oído llegar y me he asustado.

—Ya me he dado cuenta de que estaba usted un tanto absorto. ¿Pensaba acaso en el radiograma que he recibido?

—Tal vez, míster Kreig. Ese despacho me ha llenado de pesar.

—Gracias. ¿Y nadie más que usted se ha enterado de él?

—En absoluto, señor.

—¡Bravo! Ahora una pregunta: ¿Ha estado alguna vez en el archipiélago de Gamoá?

—Estuve hace poco.

—¿Se vive bien allí?

—Aquello es un paraíso, míster Kreig.

—¿Están pobladas todas las islas?

—Algunas están deshabitadas.

—Vivir allí a solas con una mujer debe de ser delicioso, ¿verdad?

—Un encanto.

—Si yo lograra llegar a una de esas islas en la que no hacen escala los buques americanos y europeos, no tendría que preocuparme de la situación.

—Así lo creo.

—Gracias por sus informes, Wilson. Ha sido usted muy amable.

Al mismo tiempo que hablaba así, se había puesto de espaldas a Wilson y examinaba su pistola silenciosa.

De súbito se volvió y disparó contra él. Tenía buena puntería. Wilson cayó de bruces sobre la mesa con el corazón atravesado.

Con toda tranquilidad, sacó un pañuelo, frotó con él la culata para borrar las huellas dactilares y la colocó en la mano izquierda del telegrafista.

—Uno menos—se dijo.

Y salió de la cabina comprobando con satisfacción que no había nadie en las proximidades.

Nadie le había visto salir; nadie le había visto entrar. Todo iba bien.

\* \* \*

Poco después, Kreig recibía en su camarote a un enviado del capitán que le dijo jadeante:

—Ha pasado algo grave, señor. El capitán le ruega acuda sin pérdida de tiempo a la cabina del telegrafista.

Acudió Kreig y dió grandes muestras de sorpresa al ver el cadáver del telegrafista.

—Por lo visto, se ha suicidado, señor—dijo el capitán.

—¿Usted cree? ¿Quién ha entrado aquí?

—No sé, señor. No me he movido del puente.

Kreig hizo un gesto como si de pronto recordara algo importante.

—Que venga inmediatamente míster Hazlitt—ordenó a un marinero.

Y cuando el esposo de Millicent se presentó, le miró acusadoramente.

—Cuando usted entró aquí, ¿advirtió algo anormal?

—Nada absolutamente—repuso Hazlitt muy azorado y descompuesto al ver el cadáver del telegrafista.

—Entonces, ¿cómo explica usted lo ocurrido?

—Si he de decir verdad, míster Kreig, de ningún modo. No comprendo por qué se puede haber suicidado este hombre.

—¿Está usted seguro de que se ha suicidado?

—Así parece.

—Pues yo afirmo que no hay tal suicidio. Wilson no se ha suicidado: estoy seguro.

Y añadió:

—Tiene el revólver en la mano izquierda y no era zurdo. Sensación.

La mirada de Kreig se fijó duramente en Hazlitt.

—Usted es el último que ha entrado en esta cabina y habrá de explicar lo ocurrido.

Hazlitt se estremeció.

—¿Qué insinuación envuelven esas palabras?

—Es muy sencillo, míster Hazlitt—repuso Kreig con una parsimonia desconcertante—. Supongamos que Wilson recibió un despacho comprometedor para usted por estar relacionado con el mal estado de sus negocios. Supongamos que la policía ha tomado cartas en sus asuntos y que ese radiograma era una pista segura para dar con usted. No sería extraño que usted para librarse del escándalo suprimiera a quien, por haber recibido el radiograma, estaba en el secreto.

—¡Míster Kreig!

—Calma, míster Hazlitt. Habrá de contestar usted a mis preguntas. Debe usted considerarse arrestado hasta que se aclare este enojoso asunto... Capitán, respóndame de míster Hazlitt. ¡Vuelva cada cual a su puesto!

Y al quedar solo, Kreig se frotó las manos jubilosamente.

—Todo va a pedir de boca.

#### IV.

La noticia corrió rápidamente por el yate, sembrando la inquietud y la sorpresa en todos los corazones.

El más asustado era Blackie, el camarero, espíritu el más supersticioso de la tripulación.

Cuando se enteró del macabro descubrimiento, sacó un puño de paraguas que llevaba en el bolsillo a modo de mascota y lo besó.

—Ya me extrañaba a mí que no nos ocurriera algo malo—gimió—. Embarcamos un martes y trece. Ayer se rompió un es-

pejo y esta mañana he salido con el pie izquierdo del camarote. Sólo falta que haya en el yate algún bizzo.

Y aun no había terminado de pronunciar estas palabras cuando apareció ante él un marinero que padecía de estrabismo agudo. Blackie dió un salto y echó a correr.

Casi tropezó con míster Kreig, el cual le preguntó:

—¿Y esas flores?

—Perdón, señor. Me había olvidado de ellas. Comprenderá usted que no es para menos.

—Tú cumple con tu obligación y no te preocupes de nada. Tráeme las flores inmediatamente.

Mientras Blackie iba a la nevera por el ramo, Kreig daba nuevos toques a sus planes.

Vió que Blackie regresó en seguida. El camarero le entregó las flores. El las tomó y se dirigió sin pérdida de tiempo en busca de Lili.

\* \* \*

Después de comprobar que Millicent estaba con el pianista en el salón de música, entró en el camarote de Lili para ofrecerle las rosas.

Ella, que adoraba las flores, contempló con arrobamiento la belleza del ramo.

—Rosas frescas en pleno Océano—comentó con asombro.

—Es que tengo una nevera magnífica. En ella se conservan las rosas perfectamente.

—¡Es usted admirable!

—¿Por qué me hablas de usted? ¿Acaso no me has demostrado ya que estás dispuesta a casarte conmigo?

—Eso es correr demasiado. Una cosa es la simpatía y otra...

—El amor. Me lo has dicho muchas veces. Pero cada vez te creo menos. Tus ojos son más elocuentes que tus labios. Oye, Lili: voy a hacerte una pregunta.

—Me la harás. Pero preferiría que habláramos fuera del ca-

marote. Voy a echarme algo encima para salir a cubierta. Espérame fuera.

El la esperó en el salón.

Cerca se oía la música que Cordoff arrancaba al piano.

Millicent continuaba al lado del pianista. Y al deducirlo así, Kreig se dijo una vez más:

—Todo va bien.

Cuando salió Lili, Max la detuvo.

—Voy a hacerte la pregunta de que antes te he hablado.

—Venga.

—¿Te gustaría vivir conmigo en una isla solitaria?

—No, querido. Nos llamarían los esposos Robinson Crusoe.

—Te advierto que hay islas que son verdaderos paraísos.

—Será que no estoy preparada para la vida paradisíaca. Pero veo que no me hablas de lo principal... ¿Qué ha ocurrido con el telegrafista?

—Eso es lo que voy a averiguar ahora mismo, querida. Hay cosas que necesitan aclararse. Ocurra lo que ocurra, nada debes de temer. Estás bajo mi protección y aquí no hay más autoridad que la mía.

Un poco extrañado de la falta de calor que Lili ponía en sus palabras, Kreig regresó a su departamento.

Sus planes, cada vez más precisos y acabados, giraban sin cesar en su mente.

V

Reunió al capitán y a todo el pasaje en su despacho.

Entonces, lentamente, empezó a decir:

—El capitán y yo estamos convencidos de la inocencia de la tripulación. No hay motivo para que ninguno de ellos haya querido suprimir al telegrafista. En cambio ya hemos visto antes cómo un radiograma comprometedor, señor Hazlitt, puede justificar este crimen.

—Con permiso, míster Kreig—dijo Blackie presentándose en este momento—. Conozco una historia que puede servir para aclarar este misterio. En un barco que navegaba por alta mar se cometió un crimen. No encontraban al asesino y al fin resultó ser el que menos se esperaba. ¿Saben ustedes quién cometió el asesinato? Pues el camarero.

Todos le miraron con una mezcla de asombro y ganas de echarse a reír.

Entonces se dió cuenta Blackie de que sus palabras equivalían a una acusación contra sí mismo y se echó a temblar.

¡Buena la había heho!

Menos mal que todos sabían que Blackie era más inofensivo que un mosquito.

—Habla cuando te pregunten—le dijo míster Kreig severamente.

Y Blackie dió gracias a Dios por que todo hubiera quedado en aquel conato de rapapolvo.

Continuó Max Kreig:

—Un radiograma que habla de quiebras, de intervención policíaca, tal vez de una orden de detención es suficiente para que el que lo recibe, pierda la serenidad y cometa cualquier disparate. ¿Verdad, míster Hazlitt?

—Verdad, míster Kreig. Y se me ocurre una pregunta: ¿No puede usted estar en semejante caso?

—Aunque estuviera, yo no he entrado en la cabina del telegrafista y usted sí.

—¡Esa acusación es falsa!

—Tendrá usted que probarlo.

Y míster Hazlitt se dijo que le sería difícil demostrar su inocencia.

Kreig preguntó de súbito a Cordoff, el virtuoso:

—¿Dónde estaba usted en el momento de cometerse el crimen?

—En el salón, tocando el piano.

—¿Y usted?—preguntó a Millicent.

Esta vaciló un momento. Después repuso:

—En el camarote de Lili.

Kreig sabía que no era verdad. Su deseo era acusarles. Pero ¿cómo hacerlo sin demostrar que había actuado de espía?

Blackie se encargaría de ello. El sabía muy bien la afición que tenía el camarero a enterarse de todo. Estaba seguro de que los habría visto en el salón de música en dulce coloquio.

Y tenía también la seguridad de que cantarí de piano.

—¿Dónde has visto a la señora de Hazlitt?—preguntó a Blackie de súbito.

El camarero vaciló un instante. Después, atemorizado por la dura mirada de míster Kreig, contestó:

—En el salón de música.

—En efecto—declaró Millicent—. Pasaba por la puerta al salir del camarote de Lili, y como lo que tocaba el señor Cordoff era una de mis obras favoritas, he entrado a oírle.

—Le ruego no hable si no se le pregunta—dijo Kreig severamente.

Y preguntó a Blackie:

—¿Han estado en el salón de música mucho tiempo?

—Un cuarto de hora, aproximadamente.

—¿Dónde han ido después?

Blackie no se atrevía a contestar.

Míster Kreig exclamó:

—¡El que calla es cómplice!

Se estremeció Blackie y se apresuró a confesar:

—Han ido al camarote de míster Cordoff.

—¿Para qué?

—No lo sé, porque han cerrado la puerta.

Millicent estaba pálida. Hazlitt la miraba amenazadoramente.

—¿Qué dice usted a eso, míster Cordoff?—preguntó Max Kreig.

Y el pianista, dando el pecho a la situación, repuso:

—Que es todo verdad. Amo a la señora de Hazlitt y estoy dispuesto a afrontar las consecuencias.

—Pueden retirarse todos—dijo entonces Max Kreig—. Continuaremos el interrogatorio cuando los ánimos estén más tranquilos.

No esperaba aquella complicación que tanto favorecía sus planes. Estaba encantado.

—Hemos de hablar—dijo el señor Hazlitt a su esposa.

Y Lili preguntó a su amiga:

—¿Me necesitas?

—No, gracias—repuso Millicent.

Y salió y se dirigió a su camarote como quien va a un siniestro antro de tortura.

## VI

Cordoff y Kreig quedaron a solas en el despacho.

—Pronto sufrirá usted las consecuencias de su locura—dijo Max.

—Estoy dispuesto a darle una satisfacción. Comprendo que he abusado de su hospitalidad.

—No lo digo por eso.

—¿Por qué, entonces?

—Conozco bien a mister Hazlitt y sé que no tiene con su esposa los miramientos que siempre ha de tener un caballero con una dama. Más de una vez he visto en el cuello de Millicent las huellas de los dedos de su marido.

—¡Eso es una brutalidad!

—Usted lo ha dicho. Ahora mismo, estoy seguro de que la está maltratando.

—¡Oh!

—Puede marcharse a su camarote.

—Gracias.

Pero Cordoff, en vez de dirigirse a su camarote, se fué hacia el de Hazlitt.

Apenas llegó, percibió a través de la puerta cerrada algo así como un rumor de lucha.

Los lamentos de Millicent le demostraron que estaba siendo objeto de malos tratos y, decidido, abrió la puerta.

—¡Canalla!—gritó al mismo tiempo que se abalanzaba sobre Hazlitt amenazadoramente.

Este le recibió con un fuerte puñetazo.

Hubo una lucha feroz y enconada. Por fin, un arma brilló en la mano de Cordoff y Hazlitt se desplomó sin vida.

Kreig sonreía, satisfecho.

—Todo va bien. Ya hay dos fuera de combate.



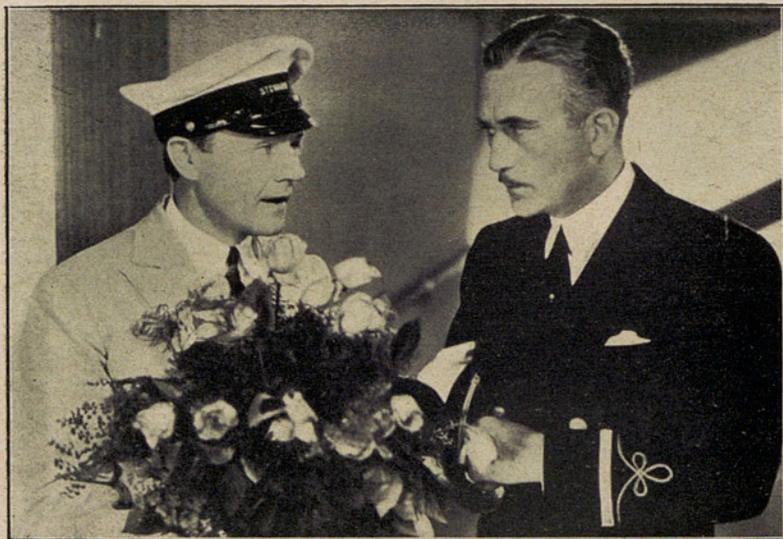
—Ese hombre posee una fortuna.



—Conseguiré que ella te adore.



—Tiene el revólver en la mano izquierda...



El camarero le entregó las flores.



—Rosas frescas en pleno Océano.



—¿Te gustaría vivir conmigo en una isla solitaria?



El joven sacó un revólver.



Así fué como aquellas almas jóvenes hallaron la vida y el amor.

\* \* \*

A este trágico episodio, siguió otro de especial importancia para esta historia.

El capitán, desde el puente, descubrió sobre la superficie del mar algo que le sorprendió.

Cumpliendo con un elemental deber de marino, condujo el yate hacia el lugar donde se veía la forma extraña y pudo comprobar que se trataba de un avión destrozado y sobre cuyos restos había una figura humana.

El yate se detuvo. Se corrieron las voces. Todos acudieron a la proa para ver al avión siniestrado y proceder al salvamento del piloto, con la consiguiente y disimulada contrariedad por parte de Kreis, que se daba cuenta de que iba a tener uno más a quien quitar de en medio.

Cuando, con ayuda de cuerdas y salvavidas, izaron a bordo al náufrago, Lili fué presa de una mezcla de estupor y alegría.

—¡Jim!—exclamó.

Era Jim, en efecto. Era su prometido. El hombre al que ella amaba y por quien, para darle celos, había emprendido aquella aventura.

—No esperabas encontrarme, ¿verdad?—dijo el aviador alegremente.

—Por supuesto.

Kreis seguía el diálogo con una mezcla de curiosidad y recelo.

—¿De modo que os conocéis?

—A fondo—repuso Jim.

—¡Qué casualidad! ¡Haberse encontrado en medio del Pacífico!

—No ha sido casualidad—replicó Jim con la mejor de sus sonrisas—. Es que he seguido la ruta de ustedes.

Con el deseo de poner fin cuanto antes a aquel diálogo, Lili dijo:

—Míster Cowles debe de necesitar alimento después de haber estado perdido en el mar sabe Dios cuánto tiempo.

—Blackie—ordenó entonces míster Kreig—. Sirve a míster Cowles lo que pida.

Y mientras Jim y el camarero se marchaban, Kreig preguntó a Lili:

—¿Habéis sido novios?

—Sí—repuso ella francamente.

—¿Le quieres todavía?

—Me parece que sí.

En los labios de Max Kreig se dibujó entonces una sonrisa, una sonrisa cuyo alcance Lili no podría nunca comprender.

Entretanto, Jim había dicho a Blackie:

—Me parece advertir algo raro. ¿Ha ocurrido alguna cosa desagradable?

—Dos.

—Dos ¿qué?

—Dos homicidios.

—¡Caramba!

—Primero el telegrafista. Después míster Hazlitt.

Y gimió:

—No me extraña. Tantas señales de mal agüero tenían que acabar así. Pero, dígame, señor, ¿de dónde ha salido usted? ¿Cómo ha venido a parar aquí?

—Ahora no puedo explicarle nada porque estoy muy excitado.

—Ya veo que le da saltos el corazón—repuso Blackie advirtiendo ciertos movimientos extraños en el pecho del piloto.

Este se echó a reír.

—No es el corazón: es mi mascota.

Y sacó de debajo del guardapolvo un gato blanco.

—¡Menes mal que no es negro!—exclamó Blackie.

—¿Querrá usted cuidar de él?

—¡Ya lo creo! Un gato blanco es buena suerte. Le daré sopas de leche.

—¡Magnífico! Y a mí un poco de mantequilla.

—En seguida le serviré, señor.

Y estaba reparando sus fuerzas con aquel frugal almuerzo, cuando se presentó Lili.

—De haber sabido esto no me habría embarcado.

—¿Por qué lo hiciste?

—Porque dudaba de tu amor.

—Pero ahora ya no tienes por qué dudar. Seremos muy felices.

—El caso es...

Se detuvo como si no se atreviera a hacer una declaración importante.

—¿Qué?

—Que casi he dado palabra de matrimonio a Max Kreiger.

—Pues lo siento por Max Kreiger.

—Es un hombre extraño.

—Peor para él. Nadie podrá separarnos ya.

Jim hablaba en un tono lleno de optimismo.

Y Lili parecía preocupada, aunque, al mismo tiempo, se sentía feliz de estar cerca del que realmente era su prometido.

## VII

Buscando a Kreig, Millicent había llegado hasta la cocina. Allí encontró a Max.

—Hemos de hablar—dijo Millicent con voz agitada.

—Olvidemos las cosas tristes, querida.

—No, Max. Hemos de hablar de Cordoff. ¿Qué piensas hacer?

—Cumplir con mi deber. Los tribunales de Gamoá se encargarán del asunto.

—¡Debes salvarlo!—imploró Millicent.

—¿Pretendes complicarme en vuestro delito?

—Bien sabes que yo no podía amar a mi marido.

—Yo lo que sé es que tu esposo era uno de mis mejores amigos y que tu conducta fué causa de su muerte. Yo cumpliré con mi deber.

En vista de que por las buenas no lograba nada, Millicent dirigió a Kreig una mirada llameante.

—¡Mientes! ¡Estás representando una farsa! Si no nos hubieses comprometido, no habría ocurrido nada.

Mientras hablaban, Kreig había abierto la gran nevera como para examinar si todo, las flores y las bebidas, estaban en orden en su interior.

La puerta quedaba a espaldas de Millicent. De súbito, y sin que ella pudiera gritar ni defenderse, Kreig la empujó y la lanzó al interior.

La puerta se cerró tras ella y Max dió la llave de la corriente.

Millicent empezó a temblar. No tardaría mucho en morir helada.

Luigi, el cocinero, daba poco después vueltas y más vueltas por la cocina, cuando llegó Kreig.

—¿Qué buscas, Luigi?

—La llave de la nevera, señor.

—¿La has perdido?

—Estoy seguro de haberla dejado puesta. Alguien me la ha quitado.

—Ya aparecerá.

—Eso creo, señor.

A la hora de la comida, Blackie sirvió la sopa y dijo a míster Kreig:

—Luigi no ha podido hacer la ensalada que usted le ha pedido. No ha logrado abrir la nevera.

—¿Ha perdido la llave?

—Sí, señor. Pero esta misma noche tendrá otra.

—Está bien.

Después preguntó:

—¿No viene Millicent?

—¡La pobre debe de estar muy afligida!—dijo Lili.

—Se comprende.

Al llevarse la primera cucharada de sopa a la boca, exclamó:

—¡Qué mal gusto hace esta sopa! ¿No lo notan ustedes?

Y como nadie lo notaba, Kreig mandó llamar a Luigi.

—Algo tenía este plato—le dijo—. Hace un gusto horrible.

El cocinero, confuso, respondió:

—Puedo asegurarle al señor que el plato estaba limpio.

—Entonces no sé en qué consistirá.

Lluigi cogió el plato y la cuchara.

Probó el contenido para ver qué mal gusto era aquel y, a la segunda cucharada, todos advirtieron como hacía un gesto extraño. Los ojos se le abrieron hasta casi desorbitarse y, con una mueca horrible, cayó pesadamente en el suelo.

Lili lanzó un grito.

—Esa sopa estaba envenenada—dijo el capitán.

—Por lo visto—repuso Kreig.

Y Blackie corrió en busca del amuleto.

Tropezó con la camarera de Lili.

—¿Qué te pasa?—le preguntó ésta, que por cierto estaba enamorada de Blackie.

—¡Otro, otro!—repuso el camarero.

—¿Otro qué?

—Otro muerto.

—¿Dónde?

Blackie se lo explicó todo, con la agitación consiguiente.

—¿Y quién crees tú que puede haber sido?

—Eso he estado pensando. Y he llegado a la conclusión de que sólo uno puede haber echado el veneno en la ropa.

—¿Quién?

—El que la ha servido.

—¿Y quién la ha servido?

Entonces se dió cuenta Blackie de que por segunda vez acababa de acusarse.

Y empezó a gritar:

—¡No me hagas caso! ¡Me he equivocado!

Ya en posesión del puño de paraguas, le besó repetidas veces murmurando palabras ininteligibles.

## VIII

Kreig acompañó a Lili a su camarote.

La joven daba grandes muestras de inquietud.

—Acuéstate y procura dormir—dijo Max a modo de despedida.

Se detuvo un momento a la puerta del camarote como pensando lo que debía hacer.

Entonces la puerta se abrió y la camarera entregó un papel a mister Kreig.

—Se le ha caído esto, señor.

—Gracias.

Era el radiograma comprometedor.

“Sin duda lo ha leído—se dijo Max Kreig—. Lo ha leído y está enterada de todo. Es necesario quitarla de en medio cuanto antes”.

Momentos después, Blackie oía llamar a su puerta y escuchaba estas palabras de la sirvienta, pronunciadas con un jadeo de inquietud:

—Necesito verte. Se trata de algo muy importante. Te espero donde siempre.

Y los pasos de la camarera se alejaron.

Su silueta se perdió entre los botes de la popa, donde reinaba una oscuridad profunda.

Alguien que no era Blackie se deslizó tras ella.

El perseguidor era mister Kreig, que no había perdido un momento de vista a la doncella.

Como si fuera paseando llegó al lado de la joven.

—¿Usted por aquí a estas horas?

Ella se turbó. No supo qué contestar.

De súbito, su desconcierto se convirtió en pánico, al sentirse cogida fuertemente por los brazos de mister Kreig.

Se vió en seguida lanzada por encima de la borda y las oscuras aguas se la tragaron.

El capitán, desde el puente, gritó:

—¡Mujer al agua!

E inmediatamente se organizaron los trabajos de salvamento, sin que lograran extraer más que un trozo de ropa de la desaparecida.

Blackie creyó volverse loco.

¿Qué espíritu diabólico se había posesionado de aquel yate?

¿Sería él una de sus víctimas?

Ya se habían retirado todos los marineros, ya iba a retirarse Max Kreig, cuando el capitán lo retuvo cogiéndole de un brazo.

—Un momento, mister Kreig. Hemos de hablar.

—¿Sobre qué?

—Me parece que me oculta usted algo.

—¿Yo?

—Sí, señor. He visto como la camarera se acercaba a los botes de popa y la he visto caer al agua. ¿Qué hacía usted allí?

—¿Qué quiere decir?

—No disimule, mister Kreig. Lo he visto todo desde el puente.

—¿Qué es lo que ha visto usted?

—Más de lo que puede imaginarse.

—¿Debo deducir que me acusa de haber arrojado al agua a esa mujer?

—Como capitán, tengo que aclarar esto.

—No tolero que un subordinado mío sospeche de mí.

—Daré parte a las autoridades.

Estas palabras le perdieron. Cometió la imprudencia de dar la espalda a mister Kreig. Nadie podía verles. Max tenía una habilidad especial para atacar a traición. Momentos después el capitán ya no podía ser obstáculo para que mister Kreig llevara hasta el fin sus siniestros planes.

\* \* \*

Se dirigió al camarote donde Cordoff permanecía en calidad de detenido.

Estaba éste afligido y abrumado por el tremendo incidente de que acababa de ser protagonista.

Había intentado acostarse, pero no podía dormir y se levantó de nuevo echándose encima un batín, de cuya cintura pendía un largo cordón sin atar.

Kreig le dió una palmada en el hombro.

—¡Anímese, hombre!—le dijo.

Pero en la actitud de Cordoff no hubo el menor cambio.

Era difícil reanimar aquel espíritu tan abatido.

Nuevas ideas pasaban por la mente de Kreig. ¿Qué maquinaba ahora aquel ser demoníaco? ¿Por qué había ido al camarote de Cordoff y se mostraba amable con él?

—He de darle una mala noticia, amigo mío.

Cordoff le miró como el que ha de hacer un gran esfuerzo para comprender lo que le dicen.

—Sí—insistió Kreig—: una mala noticia. Millicent se ha suicidado.

El pianista se estremeció.

—¿Qué dice usted?

—Lo que oye, amigo mío. Han descubierto su cadáver. Se ha envenenado.

Cordoff lanzó un gemido.

Kreig lanzó una mirada a aquel cordón que pendía de la cintura del batín y continuó:

—Momentos antes estuve hablando con ella. Me lo contó todo. Me abrió su corazón. ¡Cuánto sufría la desdichada! Millicent le amaba a usted locamente. Usted era toda su vida, toda su esperanza. Al matar usted a su esposo destruyó su felicidad. Ella no podía amar al que había dado muerte a su marido. Por eso se ha suicidado.

Cordoff ocultó el rostro entre las manos.

—Me duele mucho tener que decírselo—continuó Kreig—, pero ha sido usted el culpable de su muerte. También hay que reconocer que ha sido una mujer de honor. Ha tenido la valentía de suicidarse.

Y añadió subrayando las palabras:

—¡Magnífico ejemplo!

Cogió el cordón del batín que arrastraba por el suelo y lo colgó en el hombro de Cordoff.

Este no levantó la cabeza.

Y Kreig salió del camarote diciéndose:

—Si es tan caballero como parece, no tardará ni cinco minutos en ahorcarse.

## IX

Lilí y Jim estaban sentados a la mesa.

Blackie se presentó con una bandeja llena de latas de conservas.

—¿Es que aquí no se come nada caliente?—preguntó Jim.

—Desde que murió Luigi nadie quiere llevarse a la boca nada que esté descubierto. Sólo admiten alimentos protegidos. Morir envenenado debe de ser una cosa desagradable.

—¿Ha abierto usted mismo estas latas, Blackie?

—Sí, señor. Este corte que tengo en el dedo se lo probará.

—La verdad es que pasan cosas raras en este barco.

—Yo estoy que no me llega la camisa al cuerpo.

—¡Que ganas tengo de que termine este viaje infernal!—exclamó Lilí.

—Mañana estaremos en Samoa, querida—aseguró Jim para tranquilizarla.

Poco después, al abrir la nevera con la llave que Luigi había mandado construir a uno de los mecánicos del buque, Blackie se llevó el susto más grande de su vida, cuando el cuerpo helado de Millicent cayó sobre él.

Ni siquiera su mascota sirvió para tranquilizarle.

—¡Ahora me toca a mí, ahora me toca a mí!—repetía incesantemente el infortunado—. Y lo que más me aterra es no saber cómo voy a morir, porque esto parece un muestrario de los medios que hay para pasar a mejor vida. Lo mismo se va uno a servir de alimento a los peces, que recibe un tiro en el corazón, que se convierte en sorbete en la nevera,

Aquella noche empezó a notarse en la tripulación algo extraño.

Las continuas muertes, algunas de ellas misteriosas y ocurridas en las circunstancias más extrañas, esparcieron por el buque así como una oleada de superstición.

Los más decididos se habían reunido junto al puente.

—Yo no quiero continuar este viaje—dijo uno.

—Ni yo.

—Ni yo.

—A mí me pasa tres cuartos de lo mismo.

—Y a mí.

—Algún espíritu maléfico se ha apoderado del yate.

—Eso digo yo. Estas muertes misteriosas no las comete un ser humano.

—Si continuamos aquí, moriremos nosotros también.

—No cabe duda.

—Pero, ¿qué hacer?

—Es muy sencillo. La isla de Samoa está cerca. En un bote se puede llegar a ella fácilmente. Aprovechando la oscuridad de la noche, huiremos todos en una de las barcas de salvamento.

—Buena idea.

—Eso es lo mejor.

—Manos a la obra.

Todos dieron muestras de estar decididos a abandonar la diabólica nave y se desparramaron en distintas direcciones para dar a sus compañeros cuenta de la decisión que habían tomado.

Pero no contaban ellos con que Jim había sorprendido esta conversación oculto en una escotilla.

Pasaba por allí en dirección a su camarote y, al percibir aquellos rumores sospechosos, se detuvo a escuchar.

Jim se dió cuenta al punto de la gravedad de la decisión que acababan de tomar los tripulantes.

Si los abandonaban estaban perdidos.

Era necesario tomar medidas enérgicas.

Volvió al comedor, donde se había dejado a Lili con Kreig y con Blackie y dió la noticia.

—¡La tripulación quiere abandonar el buque!

—¡Hay que impedirselo a toda costa!—gritó Kreig.

—¡Habremos de jugarnos la vida!—dijo Jim sacando su revólver.

—Sin duda—convino míster Kreig, imitándole.

Y Lili, que también se dió cuenta de la gravedad de la situación, dijo a Blackie:

—¡Vaya al camarote de míster Cordoff y entréguele un revólver! Explíqueme lo que ocurre.

Corrió Blackie a cumplir la orden.

Por el camino no cesaba de pensar en el puño del paraguas que le servía de mascota.

—Habré de echármelo al bolsillo—se dijo— y no separarme de él un momento. La cosa se pone más grave que en la toma de Verdún.

Esto iba pensando cuando abrió la puerta del camarote de Cordoff.

—La tripulación se ha rebelado—empezó a decir—. Es preciso...

No pudo continuar.

Acababa de ver unos pies que colgaban en el aire con una flojedad siniestra.

Después levantó la cabeza y vió que todo el cuerpo de Cordoff pendía del cordón de su batín, sujeto al cuello con un nudo corredizo.

El pianista se había ahorcado como míster Kreig supusiera.

Aquella visión siniestra y espeluznante fué un nuevo golpe mortal para el ánimo de Blackie, el cual sintió que los pelos se le ponían tan de punta como las púas de un erizo.

Dió un salto y echó a correr lanzando gritos de terror.

—¡Un palmo de lengua fuera! ¡Un palmo de lengua fuera!—dijo al entrar en el comedor, donde todavía estaban míster Kreig y los dos únicos pasajeros que quedaban en el yate.

—¿Qué quieres decir?—preguntó míster Kreig, aunque sabía muy bien lo que significaban las exclamaciones del camarero.

—¡Que míster Cordoff se ha ahorcado!

—¡Oh!

—¡Esto es espantoso!—exclamó Lili.

—¡No hay tiempo que perder!—dijo Jim—. ¡Vamos fuera! Ya se oyen los rumores de los fugitivos.

—¡Han parado las máquinas!—gritó Kreig—. ¡Esos imbéciles van a saber quién soy yo!

Y salieron todos a cubierta.

## X

Jim iba delante.

Le seguía mister Kreig.

A pocos pasos iba Lili haciendo esfuerzos para sobreponerse a sus temores.

El último era Blackie.

Su mascota no lograba devolverle la tranquilidad.

Su miedo revestía proporciones tan considerables, que le parecía que las fuerzas iban a abandonarle de un momento a otro y a dejarlo hecho un guiñapo.

Los tripulantes, sin distinción de categorías, ya se habrían instalado en el bote de salvamento y desde él iban soltando las cuerdas para arriarlo.

—¡Quietos todo el mundo!—gritó Jim.

Pero nadie le hizo caso.

—¡Quietos, canallas!—rugió mister Kreig.

Tampoco este grito amenazador los detuvo.

El terror se había apoderado de aquellos seres que querían huir a toda costa.

Jim hizo un disparo al aire. Nada consiguió.

¿Realizarían su propósito los enloquecidos tripulantes?

¿Se aprovecharían de la circunstancia de que Jim no quería derramar sangre humana?

No.

Si Jim tenía tales escrúpulos de conciencia, Kreig no los conocía.

El diabólico asesino se dió cuenta de que se le presentaba una ocasión excelente para suprimir a todos los tripulantes de una vez. La noche era oscura. Samoa estaba demasiado lejos para llegar a nado hasta ella. Apuntó a una de las cuerdas que sujetaban al bote y disparó.

El tiro fué certero. La cuerda se rompió y el bote quedó en posición vertical, volcando en el agua a todo su humano contenido.

Gritos, lamentos. Nadie se salvaría. Del casco del yate no pendía una sola cuerda por la que poder trepar. Había sido un bárbaro asesinato colectivo.

Blackie, a punto de perder el juicio, había echado a correr.

Lili miraba a Kreig con una expresión de terror profundo.

—¡Asesino!—gritó fluctuando entre el terror y el odio—. ¡Tú mataste al telegrafista! Tú los has matado a todos.

Kreig fué hacia ella con el ánimo de darle explicaciones, pero Lili huyó, obligando a hacer lo mismo a Jim, pues estaba segura de que ahora intentaría matarlos a ellos.

Jim y Lili se refugiaron en el departamento de las máquinas.

El joven sacó un revólver. El mismo revólver que se había guardado al decidir no disparar sobre los fugitivos.

Kreig abrió la puerta momentos después y entre él y Jim se cruzaron varios disparos.

Al fin, en vista de que el amanecer estaba ya muy adelantado y que un buque se acercaba al yate y enviaba un bote, arrojó en el cuarto de máquinas una botella de líquido inflamable y exclamó:

—Ya que no quiere huir conmigo. Lili, huiré solo.

El incendio comenzó en seguida.

Entonces fué cuando el marinero del otro buque subió al yate. Kreig se ocultó y le dió a traición un fuerte golpe en la cabeza.

En seguida, al oír que desde el bote llamaban al herido y al ver que los compañeros de éste se acercaban, comprendió que no tenía salvación posible si no huía a nado.

Se arrojó al mar por habor, mientras por estribor subían el capitán, el doctor y los marineros que iban en el bote.

Entonces fué cuando éstos hicieron todos los macabros descubrimientos de que hablamos en el principio de esta historia.

Después oyeron las voces de Lili y de Jim y procedieron a salvarles cuando ya corrían peligro de ser devorados por las llamas.

Estos lo explicaron todo a sus salvadores y ya se disponían a trasladarse al otro buque cuando les pareció oír un canto apagado, procedente de la cocina.

Se dirigieron a ella y pudieron comprobar que el canto salía

de la nevera, que no funcionaba por estar desenchufada la corriente.

Abrieron y se encontraron con Blackie. El camarero se había refugiado allí impulsado por el miedo y, también para alejar de su ánimo las sombras del terror, había empezado a vaciar botellas de champaña, pues en la nevera había provisiones abundantes.

Así se explica que Blackie cantara en aquellos trágicos momentos.

Se trasladaron todos al otro buque y desde allí pudieron ver como el yate volaba en mil pedazos por efecto de la explosión de las calderas.

También advirtieron que una forma humana luchaba con el mar a brazo partido.

—¡Es Kreig!—gritó Jim—. ¡Hay que cogerlo para que se cumpla la justicia!

Pero no hubo necesidad, pues en aquel preciso instante, un tiburón hizo presa en él y se lo llevó al fondo sin dejar del naufrago más vestigio que unas burbujas de sangre.

Lilí lanzó un grito de horror y se refugió en los brazos de Jim.

Y éste abrazo de miedo terminó en abrazo de ternura.

Así fué como aquellas almas jóvenes hallaron la vida y el amor.

F I N

---

### Números publicados:

- REINA EL AMOR, por Claudette Colbert y Frederich March, etc.  
 EL PODER Y LA GLORIA, por Colleen Moore y Spencer Tracy.  
 LA VIDA EMPIEZA, por Loretta Young, Tommy Brown, etc.  
 SU ULTIMA PELEA, por Douglas Fairbanks, Jr. Loretta Young, etc.  
 JUSTICIA DIVINA, por Charles Laughton, Maureen O'Sullivan, etc.  
 TIERRA DE PASIÓN, por Clark Gable, Jean Harlow, etc.  
 CONGO, por Lupe Vélez, Conrad Nagel, etc.  
 NOCHE TRAS NOCHE, por George Raft, C. Cummings, etc.  
 ENTRE LA ESPADA Y LA PARED, por Tallulah Bankhead, Gary Cooper, Charles Laughton, etc.  
 EL ÁGUILA Y EL HALCÓN, por FREDRIC MARCH, etc.  
 ESCÁNDALO EN BUDAPEST, por Franziska Gaal y Paul Horbiger.  
 PIMIENTA Y MÁS PIMIENTA, por Lupe Vélez, Edmund Lowe, etc.  
 YO SOY SUSANA, por Lilian Harvey y Gene Raymod, etc.  
 EL ASESINO DIABÓLICO, por Lionel Atwill, C. Ruggles, etc.  
 EL DIABLO SE DIVIERTE, por Loretta Young y Victor Jory, etc.  
 LA NOCHE DEL PECADO, por E. Vilches, Medea de Novara, etc.  
 PEGGY DE MI CORAZÓN, por Marion Davies, Oslow Stevens, etc.  
 ANA, LA DEL REMOLCADOR, por Wallace Beery, M. Dresler, etc.  
 LA ULTIMA NOVELA, por Carlota Susa, Felix Bressart, etc.  
 LA MUJER QUE HE CREADO, por Robert Montgomery, etc.  
 LUISIANA, por Jean Parker, Robert Young etc.  
 CARNE, por Wallace Beery, Karen Morley, etc.  
 EN LA GLORIA, por Chester Morris, Helen Twelvetrees, etc.  
 EL SOLITARIO, por Herbert Marshall, Mary Boland, etc.
-

Sea usted lector y recomiende las selectas e inimitables Ediciones Especiales BISTAGNE

**Ultimos éxitos publicados:**

**EL REY DE LA PLATA**

por Edward G. Robinson,  
Bebé Daniels, etc.

**SOBRE EL CIENO**

por Florencia Belsy, Carlos  
Llamazares, etc.

**Las sorpresas del coche-cama**

por Florelle Claude,  
Dauphin, etc.

**SOL EN LA NIEVE**

por Ana Tur, Angeles  
Cantero, etc.

**MADRES DE BASTIDORES**

por Alice Brady, Maureen  
O'Sullivan, etc.

**PARECE QUE FUÉ AYER**

por Margaret Sullavan,  
John Boles, etc.

**La portera de la Fábrica**

por Germaine Dermoiz,  
Jacques Grétilat, etc.

**Granaderos del amor**

por Raúl Roulien, Con-  
chita Montenegro, etc.

**F A N N Y**

por Orane Demazis, Raimu,  
Pierre Fresnay, etc.

**Siempre en mi corazón**

por Bárbara Stanwyck, Otto  
Kruger, Ralph Bellamy, etc.

Ediciones BISTAGNE publica siempre lo mejor entre lo mejor

***¡No se deje sorprender!***

Exija siempre

**Ediciones Bistagne**  
Paseaje de la Paz, 10 bis.-Barcelona

Remitimos catálogos ilustrados, gratis y  
sin compromiso, a quien nos los solicite.

E. B.



Precio: 50 céntimos